

VIVIR EN LA ESPERANZA

Mayo 2001

Queridos hermanos y hermanas:

Los diferentes encuentros que tenemos mutuamente, sea en las fiestas patronales o en cualquier otra celebración diocesana, son para mí momentos especiales que disfruto y aprovecho como Arzobispo y Pastor.

Pero también es bueno aprovechar cualquier oportunidad; por ello, hace más de quince años, concebí la idea de dirigirme a ustedes mediante este boletín que, por distintas razones, a lo largo de todos estos años, ha tenido alguna que otra interrupción. Al pensar en ello ahora, me da alegría recordar a quienes no dejaron de sugerirme que volviera a «salir» Aquí la Iglesia.

Con la misma alegría reabro este puente de comunicación, y lo hago ofreciéndoles la homilía que pronuncié, el pasado 31 de marzo, en la Misa de clausura de nuestro Consejo Diocesano de Pastoral. Allí hablamos sobre el Plan Global de Pastoral preparado por la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, un Plan que guiará nuestros pasos como Iglesia al inicio de este Tercer Milenio de la Era Cristiana.

Estas ideas que quiero compartir con ustedes expresan mis sentimientos y esperanzas como Pastor de esta querida Arquidiócesis de La Habana, en la que juntos –Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos– estamos comprometidos, por nuestra fe, a proclamar el Evangelio del Señor.

Queridos hermanos y hermanas:

El evangelista San Juan coloca el relato de la mujer adúltera en forma algo sorprendente entre los incidentes que se suceden en la semana de la fiesta de los tabernáculos o de las chozas que cada año se celebraba para dar gracias a Dios después de las cosechas, en un tiempo que correspondería a nuestros meses de septiembre u octubre y era una fiesta alegre, con ramas de árboles se hacían los hebreos techumbres en los prados que rodeaban la ciudad de Jerusalén y allí pasaban las noches, viviendo al modo como lo hicieron sus antepasados, cuando durante cuarenta años atravesaron el largo desierto que los condujo hasta una tierra que ahora podían cultivar y que les daba frutos.

Por esto daban gracias a Dios. Jesús participa en esta fiesta, pero parece retirarse cada noche a un lugar cercano, al Monte de los Olivos. ¿Pasaría allí las noches en oración, como lo hizo la última noche antes de padecer?

Cada día, Jesús venía a la ciudad de Jerusalén y hablaba en el templo y se mostraba públicamente enseñando, respondiendo a menudo las preguntas insidiosas de los fariseos y otros notables del pueblo. Casi al final de esta semana, después de pasar como de costumbre la noche en el Monte de los Olivos, Jesús fue al templo y allí le tendieron otra trampa, parecida a aquella de preguntarle si se debía pagar el impuesto al César o no. Ahora no se trataba de la ley romana, ante la cual Jesús encontró un argumento astuto para desembarazarse de la zancadilla, ahora se trataba de la Ley de Moisés. Ante Él, quizá tirada en el suelo, estaba una mujer sorprendida en flagrante delito de adulterio, eran todos hombres los que la rodeaban, acusándola y haciéndole a Jesús la pregunta insidiosa: *La Ley de Moisés manda que sea apedreada*

la mujer adúltera, ¿tú qué dices? Y el mismo evangelista San Juan cuenta que le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Jesús deja que el tiempo pase en silencio, quizá hace unos garabatos en la tierra aunque el Evangelio dice que se puso a escribir. Podríamos imaginar que escribía allí la palabra *Rahamim* (*misericordia*). Pero esto es imaginación, aunque no ausente de sentido. Transcurrido el tiempo de silencio, Jesús levanta la cabeza y dice a aquellos hombres que el que esté sin pecado, que lance la primera piedra y todos comienzan a irse, empezando por los más viejos, que habían tenido en su vida más tiempo de pecar. Y ahora quedan en escena Jesús solo y la mujer.

En la literatura profética del Antiguo Testamento encontramos que, muchas veces, el pueblo de Dios, el que Yahvé había escogido y librado de Egipto, haciéndolo posesión suya, cae en el olvido de Dios, en la idolatría, en la infidelidad, y los profetas hablan del pueblo como de una esposa infiel a la cual Yahvé Dios siempre perdona. Esta mujer frente a Jesús simboliza a todo aquel pueblo idólatra a veces, olvidadizo de los dones de Dios en muchas ocasiones, de dura cerviz, pero a quien Dios mira siempre con amor y quiere perdonar.

Esta mujer simboliza también a la Iglesia, al nuevo pueblo de Dios, infiel en ocasiones a su misión de anunciar al mundo la salvación traída por Jesús, encerrada en sí misma, ganada por la idolatría del dinero o del poder en algunos de sus hijos, olvidada a menudo de las maravillas que Dios obra en favor de su pueblo. Y allí está Jesús, solo Jesús, frente a su esposa, la Iglesia, a quien quiere siempre tener consigo y está siempre dispuesto a perdonar. La infeliz mujer representa por fin a la humanidad entera, la humanidad pecadora, despreocupada de Dios, supersticiosa, materialista y cargada de miserias, ese mundo tan amado por Dios al cual le entregó a su Hijo. Un mundo que Él vino a perdonar y no a condenar.

Pero Jesús no perdona con la condescendencia del poderoso que hace un gesto con la mano y evita que un condenado a muerte sea llevado al patíbulo. Jesús perdona en diálogo amistoso y amoroso con el ser humano: «¿Mujer, nadie te condena?». «Ninguno, Señor». «Yo tampoco te condeno. Anda, y en lo adelante no peques más».

Jesús tiene su mirada puesta en el futuro. Jesús no quedó atrapado ni en la ley del César, ni en las interpretaciones de las leyes de Moisés que hacían sus contemporáneos. Jesús estaba solo poseído del amor del Padre y con ese amor levanta al hombre de su miseria, lo restituye a su dignidad, lo pone de cara al porvenir con una carga nueva de esperanza en su corazón. Jesús no se presenta ni concesivo, ni falsamente condescendiente, sino veraz, pero infinitamente misericordioso: «Anda, y en adelante no peques más».

Es como si esta Eucaristía del domingo V de Cuaresma estuviera hablándonos a nosotros reunidos como la Iglesia del Señor, que peregrina aquí en La Habana en nuestro Consejo Diocesano de Pastoral, el lenguaje que necesitamos en este comienzo de siglo, al inicio de un nuevo milenio de la era cristiana. El «*anda, vete y no peques más*» se parece a aquella otra orden que dio Jesús a Pedro y que recoge el Papa Juan Pablo II en su carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* que ha inspirado nuestros trabajos: *Rema mar adentro*, es decir, mira hacia delante y hacia lo alto, deja detrás todo lo pasado, pero tenlo en cuenta, con lo bueno y con lo malo, y afírmate en la fe y en la esperanza para andar en el futuro. Conocemos nuestras debilidades, conocía Jesús la debilidad y el pecado de aquella mujer, no la excusa a ella ni nosotros queremos excusarnos de nuestras tibiezas en el servicio del Señor y en el

anuncio de Su reino, pero hay una palabra que no es nuestra, que viene de Jesús y que nos levanta: *anda, vete, no peques más*, no vuelvas a tu vida vieja, a tus cálculos materialistas, a tus intereses estrechos, rema mar adentro.

La lectura del profeta Isaías es un eco de esta voz movilizadora de Jesús en la liturgia de la palabra de hoy: *«Así dice el Señor que abrió caminos en el mar y sendas en las aguas impetuosas»*. Así debe ser nuestra fe, porque así es nuestro Dios que actúa en lo impetuoso, en lo tormentoso y abre caminos lo mismo en el corazón de una mujer adúltera que en la vida de su pueblo, para hacerlo salir de la esclavitud de Egipto, como en las aguas tormentosas de nuestra Cuba de hoy, para hacernos remar a todos mar adentro poniendo nuestra confianza solamente en Él. El mismo profeta presenta a Dios con gran realismo, invitándonos a descubrir con los ojos de la fe las maravillas que Él obra: *«No piensen en lo antiguo, miren que realizo algo nuevo, ya está brotando. ¿No lo notan ustedes?»*.

Solo la fe nota que se abren caminos en el mar, solo la fe puede descubrir ese «algo nuevo» que vive la Iglesia en Cuba cuando nos visita el Santo Padre, cuando nuestra Iglesia permanece viva y lucha por dinamizar su apostolado, cuando se abren casas de oración, cuando la inquietud por la fe aflora en tantos corazones, cuando el interés por lo sagrado parece abrir las posibilidades de un anuncio más explícito de Jesucristo. Y esto, aunque muchos dejen el país y dejen su Iglesia, y aunque muchos sientan la tentación perenne de seguir ese camino, y la Iglesia vea renacer aquí y allá actitudes o comportamientos viejos, ya desusados con respecto a la fe, mantenidos por algunos fanatizados en viejas ideologías, aunque sintamos que palabras como amor o reconciliación no son entendidas por muchos o son mal interpretadas. Seguimos confiando, porque ahí está el profeta que nos descubre el plan de Dios: *«abriré un camino por el desierto, ríos en el yermo»*.

Cuando tenemos esta capacidad de ver, cuando la luz de la fe nos hace descubrir que Dios está realizando algo nuevo y que ya brota, crece en nosotros la esperanza: *El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres*. Lo hemos cantado en el salmo. El Señor cambió la suerte de su pueblo, cambia continuamente los destinos de pueblos, de naciones, de la humanidad entera. Hay un tiempo de llorar regando la semilla y hay un tiempo de cantar recogiendo la cosecha. Muchos de los que estamos aquí hemos vivido sucesivamente estos tiempos. No es cíclica la historia del mundo y de la Iglesia, hay una línea ascendente, que la lleva mar adentro, hacia delante, hacia el futuro y puede haber en ese ascenso momentos de llanto y momentos de gozo.

Nunca el premio o la recompensa serán perfectos en nuestro peregrinar hacia el Padre. Nuestra esperanza es tal porque no se agota en esta tierra. Nos lo dice San Pablo en su carta a los Filipenses leída hoy: *«No es que ya haya conseguido el premio, o que ya esté en la meta, yo sigo corriendo»*. Pero San Pablo sabe ya que posee un premio que él dice que Cristo Jesús le ha entregado: Es el premio y el gozo de la fe y de la esperanza en el Señor. Por eso nos dice el Apóstol: *«todo lo estimo pérdida, comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor... Todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo y existir en Él»*.

Queridos hermanos y hermanas:

El reclamo de espiritualidad que hay en el sondeo realizado en todas las diócesis de Cuba sobre los acentos que nuestro Plan Pastoral de fines del siglo anterior debía tener en los comienzos de este siglo, nos remiten a una necesidad para nuestra Iglesia de anclaje en Jesucristo, Hijo del Padre, dador del Espíritu. Es eso justamente lo que

nos presenta el apóstol San Pablo en su carta a los Filipenses: La espiritualidad cristiana, que lo estima todo pérdida y basura con tal de estar con Cristo, de vivir en Él. Solo así podemos correr sin cansarnos, remar mar adentro, dejar a un lado las tentaciones de una vida más fácil en otro lugar, sacrificar amores legítimos para entregarnos al servicio del Señor y de su pueblo aquí en Cuba, solo así no se ahoga la esperanza en nosotros y nos hacemos capaces de descubrir que algo nuevo está brotando y solo de este modo podemos hacernos de un programa como el de Pablo: «busco una sola cosa, olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta para ganar el premio al que Dios desde arriba llama en Cristo Jesús».

Las respuestas a las angustias del pueblo cubano hoy, las respuestas a las inquietudes, vacilaciones, tentaciones y aun deseos de muchos cristianos comprometidos hoy de forjarse una vida distinta en otro lugar, quitándose muchas preocupaciones materiales, reuniéndose con los que quieren, con la mayoría de sus amigos que han partido, las nuevas tentaciones que surgen en nuestro medio de acomodarse a ese materialismo consumista en el cual no está ausente la corrupción y la negación de valores que son cristianos, en aras de la obtención de beneficios personales o familiares, en último término, la vieja tentación del hombre de hacer su deseo, de realizar su capricho, esa tentación que nos hace ser infieles, solo encuentra perdón y respuesta ante Jesús, que nos repite una y otra vez: «yo no te condeno, anda vete, pero no peques más».

Solo viviendo del Espíritu, seremos hombres y mujeres espirituales, solo así comprenderemos lo incomprensible, tendremos fuerza en nuestra debilidad, seremos capaces de lo que nos sobrepasa, de aceptar el desafío inmenso que significa estar en Cuba hoy, estar alegres en Cuba hoy, porque el Señor ha estado grande con nosotros. Así, sí podemos abrir caminos en el mar, remar mar adentro, sembrar llorando y recoger cantando, levantarnos de nuestras miserias y no pecar más y olvidarnos de tantas cosas que dejamos detrás para lanzarnos no hacia otras playas, no hacia el refugio de mis justos deseos, sino hacia el premio al cual Dios desde lo alto nos llama en Cristo Jesús.

Si nuestro Consejo de Pastoral pudiera irradiar en toda nuestra Iglesia esa urgencia de espiritualidad (urgencia de santidad, la llama el Papa) para mirar al futuro confiadamente, entonces crecería la esperanza. Así, la visita pastoral del Papa Juan Pablo II a Cuba no habrá sido en vano, pues el mensajero de la esperanza encontraría corazones capaces de abrirse con entusiasmo a la misión que Jesús nos confía.

Esto lo pido al final de este Consejo Diocesano de Pastoral a la Virgen de la Caridad, nuestra Madre, para todos los que han participado en este Consejo, para los laicos comprometidos en los movimientos, en las parroquias, para los religiosos y religiosas que trabajan en Cuba, para los sacerdotes, religiosos o diocesanos, cubanos o extranjeros, que con los obispos guían pastoralmente a nuestro pueblo. Si todos no nos penetramos de esta espiritualidad que es lo mismo que decir: si todos no abandonamos la vida centrada en nosotros que conduce al pecado, para existir en Cristo, estar con Cristo, ser de Él, hacer que su Evangelio sea nuestro alimento y que el pan de la Eucaristía sea nuestra fuerza y nuestra vida, la Iglesia, en nuestra Arquidiócesis de La Habana, no podría cumplir el plan pastoral tan bien trazado, tan en sintonía con la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, porque no se trata de aprender técnicamente cómo deben hacerse las cosas, ni como trazar los objetivos a largo o corto plazo, ni de dibujar una estrategia pastoral en tantos o más cuantos años, sino

de vivificar desde dentro, con la fuerza del Espíritu de Jesús, una acción que necesita, en nuestros corazones, del ardor del amor a Dios y de la entrega a los hermanos. Queridos hermanos y hermanas, no nos desalentemos por un presente tedioso o desafiante, ni quedemos adormecidos en un pasado engañosamente radiante; es la hora de lanzarnos hacia lo que está por delante y de vivir en la esperanza.